

en un huerto cerrado, y vivir como los niños. No me hubiera entretenido, con los juegos vulgares de ese Mondor (el Molière del puente Nuevo tendría pocos atractivos para mí cuando el otro me parece ya demasiado chabacano), pero me hubiera entretenido con las hierbas de mi jardín y hubiera alabado á Dios en las flores y los frutos de mis manzanos. Una curiosidad inmoderada me arrastró, hijo mío; perdí en el trato de los libros y de los sabios la paz del corazón, la santa sencillez y esa pureza de los humildes, tanto más admirable cuando no se altera ni en la taberna ni en los chiribitiles, como nos ofrece un ejemplo el cuchillero cojo, y si me atrevo á decirlo, vuestro padre, que es muy inocente, aunque borracho y libertino. Pero no sucede lo mismo con los que han estudiado en los libros. Nos queda para siempre una fiera amargura y una tristeza soberbia.

Cuando así hablaba le interrumpió el redoble de los tambores...

X

EL EJÉRCITO

Hallándonos en el puente Nuevo oímos un redoble de tambores. Era el pregón de un sargento reclutador, que con la mano izquierda apoyada en la cadera, erguíase sobre el terraplén frente á una docena de soldados que llevaban panes y salchichones ensartados en la bayoneta de su fusil. Un grupo de mozuelos y de chiquillos le contemplaba con la boca abierta.

Atusándose el bigote hizo su arenga:

—No le prestemos atención—dijo mi buen maestro—. Sería tiempo perdido el que empleáramos escuchándole. Ese sargento habla en nombre del rey, y no es posible que hable con brillantez. Si os place oír un discurso ingenioso respecto al mismo asunto, entrad en alguno de esos garitos del malecón de la Ferraille, donde los enganchadores alistán á los lacayos y á los palurdos. Esos enganchadores, siendo unos bribones, tienen fama de elocuentes. Recuerdo haber oído en mi

juventud, en tiempo del difunto rey, la más maravillosa arenga de boca de uno de esos traficantes de carne humana, tendero en el valle de la miseria que veis desde aquí, hijo mío. Reclutaba hombres para las colonias: «Jóvenes que me rodeáis—les decía—, seguramente habréis oído hablar de Jauja; es preciso ir á la India para hallar tan afortunado país; allí todo abunda, ¿buscáis oro, perlas, diamantes? Los caminos están cuajados de ellos: basta con inclinarse para cogerlos. Y ni aun eso hace falta. Los salvajes los cogen para vosotros. Nada os digo del café, de los limones, de las granadas, de las naranjas, de los plátanos y de mil frutas deliciosas que se crían sin cultivo, como en el paraíso terrenal. Si me dirigiera á mujeres ó á niños, podría ponderarles esas pequeñeces; pero hablo á hombres.» Omito, hijo mío, todo cuanto dijo de la gloria: pero creed que igualó á Demóstenes en energía, y á Cicerón en elocuencia. El resultado de su discurso fué enviar á cinco ó seis mil desgraciados á morir de fiebre amarilla en los pantanos; tan cierto es, que la elocuencia es un arma peligrosa, y que el genio de los artes ejerce, tanto para el mal como para el bien, su poder irresistible. Rogad á Dios, Dalevuelta, hijo mío, para que no habiéndoos

dados talentos de ningún género, no os esponga algún día á ser el azote de los pueblos. Se reconoce á los preferidos de Dios, hijo mío, en que no tienen talento; y he observado que la inteligencia, bastante grande, que el Cielo me ha concedido, es un motivo incesante de peligros para mi tranquilidad en este mundo y en el otro. ¿Qué sucedería si el corazón y el pensamiento de un César invadieran mi cabeza y mi pecho? Mis deseos no harían distinción de sexo y sería inaccesible á la piedad. Provocarí en mi patria y en otras naciones guerras inextinguibles. Al menos el gran César tenía el alma elegante y alguna dulzura. Murió dignamente bajo el puñal de sus virtuosos asesinos. ¡Oh! día eternamente funesto, en que unos brutos sentenciosos destruyeron al monstruo encantador! Soy digno de llorar al divino Julio junto á Venus su madre; y si le llamo monstruo es por ternura, porque en su alma serena lo único excesivo que había era el poder. Tenía un sentimiento innato del ritmo y la medida. Se complacía igualmente en su juventud con los atractivos del vicio y de la gramática. Era orador, y su belleza sin duda adornaba la sequedad voluntaria de sus discursos. Amó á Cleopatra con la exactitud geométrica que puso en todas sus em-

presas. Selló sus escritos y sus acciones con la brillantez de su genio. Fué partidario del orden y la paz hasta en la guerra, sensible á la armonía, tan hábil constructor de leyes, que vivimos aún sin dejar de ser bárbaros, bajo la majestad de su imperio que hizo el mundo tal y como es hoy. Ya veis, hijo mío, que no le escatimo ni alabanzas ni afecto. Capitán, dictador, soberano pontífice, amasó el Universo entre sus hermosas manos. Yo he sido maestro de elocuencia en el colegio de Beauvais, secretario de una cantante de la Ópera, bibliotecario del señor obispo de Séz, memorialista en el cementerio de los Santos Inocentes y preceptor del hijo de vuestro padre en el figón de *La Reina Patoja*; he redactado un hermoso catálogo de manuscritos preciosos, he escrito algunos libelos, de los que es preferible no hablar, y he trazado en papel de estraza máximas despreciadas por los libreros. Tal como soy, no cambiaría mi existencia por la del gran César. Violentaría demasiado mi sencillez. Prefiero ser un hombre desconocido, pobre y despreciado, como lo soy en efecto, que subir á esa cúspide donde se abren al Universo nuevos destinos por sendas ensangrentadas.

»El sargento reclutador que promete á esos

miserables un sueldo además del pan y de la carne, me inspira, hijo mío, profundas reflexiones acerca de la guerra y del ejército. Yo desempeñé todos los oficios, menos el de soldado, que me inspiró siempre horror y repugnancia por los caracteres de esclavitud, de falsa gloria y de crueldad, que á él van unidos, y que son por completo opuestos á mi carácter pacífico, á mi ansia salvaje de libertad y á mi espíritu que, reflexionando acertadamente acerca de la gloria, estima en lo que vale la de los mosqueteros. No hablo ya de mis inclinaciones invencibles á las meditaciones que hubieran sido excesivamente contrariadas por el ejercicio del sable y el fusil. No deseando ser un César, comprenderéis que tampoco quiera ser un La Tulipe ó un Brind'Amour. Y no os ocultó, hijo mío, que el servicio militar me parece la más espantosa peste de las naciones disciplinadas.

»Este sentimiento es filosófico, y no es probable que sea compartido por gran número de personas. Y en realidad, los reyes y las repúblicas tendrán siempre tantos soldados como necesiten para las maniobras y las guerras. He leído los tratados de Maquiavelo en casa del señor Blaizot, en la *Imagen de Santa Catalina*, donde están to-

dos perfectamente encuadrados en pergamino. Merecen esa distinción, hijo mío: y por mi parte, estimo infinitamente al secretario florentino, primero que presentó los actos de los políticos sin esa base de justicia que sólo sirve de apoyo á ignominias condecoradas. Ese florentino, que veía á su patria á merced de sus defensores mercenarios, concibió la idea de un ejército nacional y patriótico. En no sé cuál de sus libros proclama justo que los ciudadanos concurren á la seguridad de su patria siendo todos soldados. He oído sostener lo mismo en casa del señor Blaizot al señor Román, que es muy cuidadoso, como sabes, de los derechos del Estado. Sólo se preocupa de lo general y de lo universal, y sólo estará satisfecho cuando todos los intereses privados se sacrifiquen al interés público. Así, pues, Maquiavelo y el señor Román quieren que seamos todos soldados, puesto que todos somos ciudadanos. No afirmaré, como ellos, que sea eso justo. Pero tampoco diré que sea injusto, por la sencilla razón de que lo justo y lo injusto dependen sólo del razonamiento, y en este asunto únicamente los sofistas deciden.

—¡Cómo, mi buen maestro!—exclamé con dolorosa sorpresa—. Pretendéis que la justicia de-

pende de las opiniones de un sofista y que nuestras acciones son justas ó injustas, según deciden los argumentos de un hombre ingenioso. No sé cómo expresar hasta qué punto me sorprende esta máxima.

—Dalevuelta, hijo mío—respondió el señor abate Coignard—. Tened en cuenta que hablo de la justicia humana, que es distinta á la justicia de Dios, y generalmente contraria. Los hombres sólo han sostenido la idea de lo justo y de lo injusto con su elocuencia, que está sometida al pro y al contra. Queréis, sin duda, hijo mío, cimentar la justicia en el sentimiento; pero tened cuidado que sobre tal base sólo construiréis una morada humilde y doméstica: la cabaña del viejo Erandro, la choza donde Filemón vivía con Baucis. Pero el palacio de las leyes, la torre de las instituciones del Estado, requieren otros cimientos. La Naturaleza, ingenua, no sabría soportar ella sola su peso inicuo; y esos muros temibles se alzan sobre las mentiras antiguas, gracias al arte sutil y feroz de los legistas, de los magistrados y de los príncipes.

»Es una sandez, Dalevuelta, hijo mío, investigar si una ley es justa ó injusta, ya se trate del servicio obligatorio ó de las otras institucio-

nes, de las que no se puede decir si son buenas ó malas en principio, puesto que fuera de Dios, de quien todas emanan, no hay principio. Debéis defenderos, hijo mío, contra esa especie de esclavitud de las frases, á la cual se someten los hombres con gran docilidad. Sabed, pues, que la palabra justicia sólo tiene sentido en teología, donde es terriblemente expresiva. Sabed que el señor Román sólo es un sofista cuando os demuestra que se debe servir al príncipe. Sin embargo, creo que si el príncipe ordena á todos los ciudadanos que sean soldados será obedecido, no diré con docilidad, pero sí con alegría. He observado que la profesión más apropiada al carácter del hombre es la de soldado; es á la que más fácilmente le inclinan sus instintos y sus gustos, que no son todos buenos. Y aparte de honrosas excepciones, entre las que me cuento, el hombre puede ser considerado como un animal con mosquito. Dadle un buen uniforme con la esperanza de ir á batirse, y estará satisfecho. Por eso consideramos el estado militar como el más noble, lo que en cierto sentido es verdad, siendo el estado más antiguo, puesto que los primeros hombres ya sostuvieron guerras. El estado militar se amolda también á la naturaleza humana por su ca-

rácter irreflexivo. Y claro es que no estamos hechos para pensar.

»La reflexión es una enfermedad que padecen algunos individuos, y que, si se propagara, acabaría con la especie humana. Los soldados viven en tropel, y el hombre es un animal sociable. Llevan uniformes blancos y azules, azules y encarnados, grises y azules, cintas, plumas y penachos que les dan, entre las mozas, la supremacía del gallo sobre la gallina. Van á la guerra y al pillaje; y el hombre es, naturalmente, ladrón, lujurioso, destructor y sensible á la gloria. El amor á la gloria es lo que, sobre todo, decide á nuestros franceses á ser soldados. Y es cierto que, en la opinión pública, la gloria militar es la única resplandeciente. Basta, para asegurarse de ello, leer la Historia. Nos parecerá disculpable La-Tulipe siendo menos filósofo que Tito Livio.